

Notas, textos y comentarios

Un comentario y traducción del libro de Jeremías¹

No son todavía muy numerosos los comentarios católicos modernos de la profecía de Jeremías. Aun por eso, pues, se saluda con gozo la aparición de la nueva versión y comentario del libro del profeta con que se reanuda la publicación, tanto tiempo interrumpida, de la Biblia de Montserrat. El volumen es prenda de que la monumental obra llegará a feliz término para honra de la Iglesia española, del célebre monasterio benedictino y de las letras catalanas.

Con cierta admiración se toma el volumen en las manos: parece increíble que se haya logrado que se presentase con las mismas características de los tomos anteriores. Se diría que ha salido a un tiempo con ellos de las prensas. Nada deja adivinar las terribles vicisitudes por las que entre la publicación de éste y la del volumen anterior ha pasado la editorial y el Monasterio. No hay variación ninguna cuanto a papel, tipos, formato, encuadernación y, por tanto, cuanto al aire de distinción y elegancia característico de esta suntuosa publicación.

La disposición externa de la materia es también la de los tomos anteriores: sobria introducción al principio y luego la versión en la parte superior de las páginas, orladas en el margen exterior por la vulgata latina que corre paralela a la catalana y en la parte inferior las notas críticas y exegéticas, tan abundantes que vienen a llenar la mitad y más de la página. La introducción presenta al profeta y a su libro. Del primero nos da un brevísimo resumen de su vida y trata luego más

¹ AUGÉ, RAMIR, O. S. B., *Jeremías* [*La Biblia. Versió dels textos originals i comentari, pels Monjos de Montserrat, XIV*].— Monestir de Montserrat, 1950; 406 pp.

particularmente la cuestión del tiempo de su vocación y de sus relaciones con el Deuteronomio. A continuación traza un cuadro de las circunstancias históricas en que se desarrolló la actividad de Jeremías y nota por fin su carácter de figura de Jesucristo. Del libro nos presenta su estructura, los documentos que lo integran y trata en líneas generales la cuestión de su autenticidad.

El mérito de A. en estas páginas está en haber sabido condensar en ellas con claridad las principales cuestiones introductorias. Podría haber añadido una semblanza moral del profeta y una síntesis de su doctrina, pero no eran absolutamente necesarias. No había que esperar que ofreciera en ellas novedades. En general no las hay. Así, por ejemplo, el cuadro histórico coincide sustancialmente con el que nos da Nötscher en su comentario. Nueva con todo en cierto modo es la opinión que hace suya tomándola de algún moderno, según la cual se retrasa la inauguración profética de Jeremías unos quince años (de 627—año 13 de Josías—a 614-612). La opinión se funda en razones internas que, a juicio del autor, quitan fuerza al testimonio explícito del libro y “más bien exigirían” la fecha más reciente. No a todos parecerá concluyente el razonamiento del autor. Ante todo, querrían ver tal vez mejor probada la “muy dudosa autenticidad” de los dos pasajes en que se señala el tiempo del comienzo del ministerio del profeta, pues mientras esa autenticidad quede en pie perderán su fuerza dificultades internas, que si no demuestran palmariamente alguna contradicción, habremos siempre de temer que no estén originadas por nuestro imperfecto conocimiento de las circunstancias históricas. El autor, para la prueba de la no autenticidad de 1,2 y 25,3, que atestiguan la fecha más antigua, nos remite al comentario de esos pasajes. En el del primero no hallamos más que un cf. la introducción acerca de la fecha de aparición de Jeremías. En el del otro pasaje se inclina a tener 25, 1-14 por posterior, aunque dejándolo dudoso. Sin entrar en la discusión de las razones que aduce, notaremos que a lo que sabemos es el único autor católico que juzga así; todos lo tienen por auténtico, aunque algunos admiten añadiduras en el texto. Pero aunque fuese posterior pudo el autor del fragmento señalar esa fecha fundándose en el testimonio de 1,2. Habría, pues, que demostrar que tampoco éste es auténtico. Y aun cabría entonces que ambos reflejaran una tradición antigua y verídica. Por otro lado, no parecen tan insolubles las dificultades contra la historicidad del testimonio. Que Jeremías, cinco años después de su vocación al ministerio profético, hubiera de ser llamado necesa-

riamente a dar su parecer en la cuestión del Libro de la Ley en vez de una profetisa que puede ser oscura para nosotros y haber sido mucho más conocida que Jeremías entonces para los habitantes de Jerusalén, ¿quién lo tendrá por cierto y evidente? Bien pudieron ser los primeros años después del llamamiento divino para el joven Jeremías años de más estrecha unión con Dios, una especie de retiro espiritual preparatorio para el efectivo ejercicio de ese ministerio. Es mera conjetura, pero a ella o a otras semejantes habría que recurrir antes de rechazar un testimonio que no se ve por qué habría de ser pura invención de un lector despreocupado. Esa misma conjetura podría explicar, si realmente fuera así, que no se pudieran señalar en el libro de Jeremías vaticinios o alocuciones de estos primeros años. Aunque no parece que falten. Varios autores los ven en los cc. 2 a 6 y las razones que traen, verbigracia, Condamin y Nötscher parecen más concluyentes que las que da A. a favor de una fecha poco anterior a 609. Hemos tratado con algún detenimiento este punto, el primero en que sienta A. una tesis algo personal, porque en él se puede apreciar lo que, a nuestro juicio, se repite con alguna frecuencia en el libro: las razones en que funda el autor sus modos de pensar no parecen siempre tan cuidadosamente pesadas y aquilatadas que dejen el ánimo del lector tranquilo y satisfecho. Así, por ejemplo, las observaciones que hace al fin desfavorables a la autenticidad de partes importantes del libro puede ser que examinadas con más detención no parezcan tener tanta fuerza como A. parece suponer. Un hombre de rica personalidad como Jeremías no es extraño que presente facetas muy diferentes y a primera vista contrarias, y nadie puede admirarse que en el modo de expresarse en los largos años de su ministerio y en circunstancias tan diversas no haya alcanzado siempre la misma altura en la perfección literaria ni haya tratado siempre los mismos temas y del mismo modo. Creemos que con observaciones semejantes se podría desdoblar la personalidad de muchos personajes históricos. Con procedimientos no muy diversos logran los racionalistas oponer el Cristo sinóptico al de San Juan.

En el comentario tienen parte muy relevante las notas críticas, que alcanzan mayor extensión de lo que suelen en obras destinadas a un público no especializado. Tal vez para éste resulte la de A. demasiado técnica. Pero el autor ha procurado sin duda que su labor pudiera ser de interés también para los científicos. Los lectores ordinarios no perdían ciertamente nada con ello. Sólo que en atención a éstos hubiera sido oportuno separar las notas críticas de las propiamente exegé-

ticas. En su crítica se muestra A. algo más avanzado que los otros autores católicos, o mejor tal vez más negativo. Extiende la duda sobre el origen jeremiano a no pocos versos, partes de capítulos y aun capítulos enteros cuya autenticidad los demás críticos católicos dan por supuesta o si es necesario defienden. Si tomamos, por ejemplo, los seis primeros capítulos del libro hallamos que A. presenta como de autenticidad dudosa los siguientes versos, admitidos por los demás como auténticos: 1,5.14.16.18.19; 2,1.2.4-13; 3,6-12a.14-18; 4,2.3.9.10.14.17.18.22.27.28; 5,15-17.20-31; 6,1b.3.15.18.19.21. En total más de 58 versículos. Como partes más extensas cuya autenticidad no se atreve a dar por segura ("el único argumento que se puede aducir en su favor es la *conditio possidentis*") conviene citar las profecías contra los pueblos gentiles (Cc.46-51) que los demás autores católicos están acordes en reconocer como obra de Jeremías fuera de 50-51, aunque admitiendo en ellos algunas añadiduras y manipulaciones posteriores. El autor no deja de aducir alguna razón para fundamentar su posición de duda; sólo que las razones no parecen a los otros críticos de tanta monta, y así, o las desechan como insuficientes, o ni siquiera las tienen en cuenta. Nos hemos, pues, preguntado ¿cómo es que tienen esas razones mayor fuerza para A. que para los otros críticos católicos? En cuestiones críticas, cuando sólo se cuenta con razones internas, es frecuentísimo que los diversos autores les den diversa importancia; pero cuando un autor toma prevalentemente una posición distinta de la generalidad de los demás, fácilmente se suscita la sospecha de que en el juicio interviene algún factor de índole intelectual o afectiva que lo oscurece o deforma. En el caso de A. tememos que ese factor sea el ascendiente que en él ejerce cierto crítico acatólico cuyo nombre se va repitiendo por toda la obra en la mayoría de sus páginas. Crítico de innegable ingenio, de indiscutibles aciertos, pero también de un reconocido radicalismo extremo del que han ido apartándose los sucesivos críticos independientes. Por supuesto que tampoco A. le sigue hasta sus posiciones más avanzadas y con frecuencia se retira a las de los críticos moderados, aunque varias veces con indecisión. Pero creemos que es debido a ese ascendiente el que dé aun demasiado valor a los criterios de índole subjetiva en que Duhm se apoya. Por motivos de métrica, de estilo, de peculiaridades en la doctrina reduce Duhm la parte auténtica de la profecía de Jeremías a una quinta parte de su libro, y el eco de esos motivos resuena con frecuencia en la obra de A., haciéndole quedar por lo menos indeciso en no pocos puntos en que los modernos críticos sostienen decididamente la au-

tenticidad. Examinaremos por vía de ejemplo el fragmento 2,4-13. Duhm lo declara inauténtico, en lo que no le siguen por lo general los críticos, aun liberales. Augé no llega a dar un juicio positivo de conjunto, pero va presentando acerca de los diversos versículos razones en contra de la autenticidad, de las que el lector viene a concluir que para A. es ésta bastante dudosa. Esta actitud ambigua del autor es frecuente en el comentario. La primera y fundamental razón que alega es la de Duhm: el fragmento es prosa. Pero es el caso que, aunque no perfecto, el paralelismo, la nota primaria y más cierta del verso hebreo, es tanto o más visible que en muchos pasajes admitidos por Duhm y Augé como versos. Pero como el fragmento no se deja someter a las leyes rítmicas que el insigne crítico ha determinado que siga Jeremías, el pasaje ha de ser necesariamente prosa, por más que los demás autores lo consideren como verso. A éste se añaden otros indicios más internos. Así, en el v. 4 la designación etnológica de Israel como "casa de Jacob", en uso sobre todo después del destierro. Fuera esto verdad y aun no veríamos la fuerza del argumento. Basta que la fórmula no fuera de uso exclusivamente postexílico para que no nos chocase hallarlo en Jeremías. Pero es que además no acertaremos a ver ese uso prevalentemente postexílico. La fórmula es ciertamente menos usada que la de "casa de Israel", pero la hallamos solamente dos veces en pasajes ciertamente postexílicos (1 Mac y Eccli); tres son de época incierta (Abdias bis y Ps 113 [114]); en cambio, dejando a un lado las tres veces que aparece en la segunda parte de Isaías, la hallamos en Amos (dos veces), Miqueas (dos veces), Isaías, primera parte (siete veces), sin contar las dos que aparece en Jeremías. Nos parece, pues, que se habría de decir al contrario: de uso más frecuente antes del destierro. Realmente no vemos qué influjo pudo ejercer el destierro en el uso de la fórmula. Esta parece exigida por el paralelismo, como en nuestro pasaje y tal vez en el otro de Jeremías; así también en varios de los pasajes proféticos aducidos (v. gr.: Mich 3,9; Ps 113 [114], 1). Otras veces se podría atribuir tal vez a cierto empeño en omitir la designación más honrosa de casa de Israel, como en algunos pasajes de Isaías, y por último queda la libertad del escritor que sin motivos especiales, ahora elige una, ahora otra de las fórmulas o de los nombres sinónimos. En el v. 6, así como en el 13, se señalan algunas imperfecciones de estilo: el hacer hincapié, dice A., en los peligros y terrores del desierto, no es a propósito para hacer resaltar la benevolencia de Dios para con su pueblo; más bien se habría de deducir

lo contrario. Eso cuanto al v. 6; en el 13 la imagen no es apropiada para motivar el pasmo de los cielos. No dice A. expresamente que esas imperfecciones sean indicios de origen posterior, pero en todo el contexto parece claro que como tales las presenta. Confesamos, en primer lugar, que no advertimos esas imperfecciones y creemos que no las hallará sino quien de antemano está resuelto a buscar tachas y peros en el fragmento y saca para eso de quicio frases a las que sin ninguna violencia se les puede dar el sentido apto que evidentemente pretendió el autor sagrado. El paso de Israel por el desierto fué siempre considerado como argumento del amor de Dios para con su pueblo (cf. v. gr.: Ps 135,16). Cuanto mayores eran los peligros y dificultades del desierto, más había de campear la amorosa Providencia de Dios en sacarle indemne de él. Por eso era muy pertinente ponderar esas dificultades, como casi con las mismas palabras se hace también en Deut 8,15 y 32,10. Cuanto al otro lugar, es evidente que no es la imagen, sino la cosa expresada con la imagen, lo que ha de hacer pasmar los cielos. Además, si se probaran esas imperfecciones, ¿por qué hay que atribuir las a un autor secundario? ¿Es que el autor primario hubo necesariamente de escribir de la manera más perfecta y acabada? Los indicios del v. 8 nos parecen inexistentes. Pastores llama Jeremías (22,22) a los jefes políticos: "los que tienen entre manos la Ley" son sin duda los que en 8,8, tenido por A. como auténtico, se llaman *soferim*. ¿Utilitarismo, señal de tiempos postexílicos? No fué desde el principio la felicidad terrena el motivo prevalente con que Dios procuró atraer a Israel al cumplimiento de su Ley?

De este ligero examen nos parece poder sacar esta conclusión: si el autor, ya que no pretendía estudiar las cuestiones con la independencia y personalidad con que las examina, verbigracia, Condamín, cosa que no hay por qué exigir en una obra que en último término no pretende ser más que de alta vulgarización, hubiera tomado por guía principal alguno de los autores católicos que han estudiado a Jeremías habría logrado hacer obra de más solidez y de mayor utilidad para los lectores a que primariamente está dirigida.

En la parte exegética Jeremías no presenta de ordinario las dificultades de otros profetas. En ella A. corre por los cauces comunes. Alguna vez se deja ver todavía el influjo poco beneficioso de Duhm; por ejemplo, en 1,13. Tal vez también en el célebre pasaje 31,22. La interpretación de Duhm no merecía ciertamente las líneas que le dedica ni el título de "más

lentadora"; es sencillamente intolerable, como A., a fin de cuentas, viene a conceder. En cambio, la de Condamín, aceptada ya por varios exegetas católicos, era merecedora de una exposición más amplia.

Sentimos que nuestra crítica haya sido también bastante negativa. Muchos puntos particulares hubiéramos podido alabar en la obra, además de sus cualidades de claridad, concisión, etc., pero hemos insistido en lo que, a nuestro pobre juicio, hubiera hecho la obra perfecta en su género y de mayor utilidad para los lectores. A ello nos ha movido también el deseo, pretensión tal vez arrogante, de obtener un ligero cambio de orientación en los ulteriores tomos que sin duda saldrán de las manos del autor.

L. BRATES, S. J.

Facultad de Teología de San Cugat (Barcelona).